

JOSE DE J. ROJAS GARCIDUEÑAS

Nació en Salamanca, Guanajuato, el 16 de noviembre de 1912. Murió en la ciudad de México el 10. de julio de 1981.

Literato, historiador, crítico de arte. Catedrático de la Universidad Nacional de México. Miembro de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española y del Seminario de Cultura Mexicana; Abogado consultor de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Entre su producción sobresalen las obras siguientes: *El teatro de Nueva España en el siglo XVI* (1935); *Vitoria y el problema de la Conquista en el Derecho Internacional* (1938); *Fundación del convento agustino de San Juan de Sahagún en Salamanca de la Nueva España* (1949); *El antiguo Colegio de San Ildefonso* (1951); *Christmas-Nochebuena* (1951); *El erudito en su jardín* (1951); *El mexicanismo y nuestra cultura* (1952); *Un manuscrito de Urbina* (1952); *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, Erudito barroco* (1945); *Anécdotas, cuentos y relatos* (1956); *Bernardo de Balbuena; La vida y la obra* (1958); *Breve historia de la novela mexicana, 2a. parte, 1909-1958* (1959); *El mar territorial y las aguas internacionales* (1960); *Genaro Fernández MacGregor, escritor e internacionalista* (1962); *Don José Bernardo Couto, jurista, diplomático y escritor* (1964); *Presencias de Don Quijote en las artes de México* (1965 y 1968). Ha escrito sólidos y esclarecedores prólogos para: *Autos y coloquios del siglo XVI; Así pasan*, de Marcelino Dávalos; *Ideas políticas de Juan de Palafox y Mendoza*; para las *Obras* de Manuel Acuña (1950); para los *Coloquios espirituales y sacramentales de Hernán González de Eslava* (1958); y para las *Obras históricas de Carlos de Sigüenza y Góngora* (1960).

Asiduo colaborador de *Letras de México*, *Abside*, *México en el Arte*, *Caminos de México* y principalmente en los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, del cual es investigador.

Fuente: *Bernardo de Balbuena; la vida y la obra*, México, UNAM, 1958.

BERNARDO DE BALBUENA, VIDA Y OBRAS

Por su vida y por su obra es Bernardo de Balbuena un representante típico del momento de nuestra historia que le tocó en suerte vivir: tan de la Vieja como de la Nueva España pertenece a ambas, cuando era aún muy temprano para exigir diferenciaciones nacionales apenas en gestación, su patria fue tanto la una como la otra, familiares muy próximos tuvo en las dos, y el arraigo y amor por ambas se refleja profun-

damente en su obra, cantando hiperbólicamente las grandezas de México y las fabulosas hazañas de un héroe de la gesta española.

Sin problema de urgencias materiales, que no parece haber tenido (salvo momentos en que los trámites burocráticos lo pusieron en trance de solicitar préstamos o amistosas ayudas), no mostró codicia de dineros, acaso por lo mismo de que sin tenerlos en abundancia nunca tampoco le faltaron. En lo poco que de su vida íntima y de su carácter alcanzamos a ver por sus escritos, yo he creído percibir tres distintas proyecciones, como otras tantas aspiraciones o apetencias, de varia intensidad que, unas en más y otras en menos, soportan, conducen o impulsan su vida y esfuerzo anímico.

Un amor que parece haber sido una línea, acaso no muy acentuada pero continua, brilla largos años. No es la dolorida ansiedad de Garcilaso por Isabel Freyre, ni la pasión reconcentrada en más de veinte años en el recio carácter de Quedo, que ardía como un fuego oscuro por la inasequible "Lisi", Luisa de la Cerda; en Balbuena, que por su estado y su medio había de ser más reservado, su amada siempre aparece innominada, salvo la única ocasión en que la llama por su nombre verdadero pero de modo críptico, por eso mismo es muy difícil apreciar el verdadero alcance de su sentimiento, lo único cierto es que a Isabel de Tobar empieza a cantarla en su juventud estudiantil y que ese amor deja huellas aún en escritos que fueron retocados treinta años después.

La vocación literaria, orientada por su educación humanista y por los modelos ideales de su tiempo, lo lleva a beber hasta saciarse en las fuentes del Renacimiento italiano muy principalmente y en lo que a ellas concernía, como en las clásicas, por antecedentes o por otras maneras. Cultivó su vocación aun en medios tan adversos como eran los pueblos de Nueva Galicia, alejados de todo contacto y de todo estímulo intelectual y, aún más, propicios a la ociosidad inerte por el clima y la fácil satisfacción de cierta comodidad en quien, como Balbuena, tenía allí propiedades, parientes, preeminencia social y la doble autoridad que en tales sitios le darían su condición sacerdotal y la progenie de primeros pobladores y beneficiados de la región.

El deseo de gloria, la fama, gran promotora en siglos renacentistas, fue impulso constante, sueño anhelante y obsesivo en Balbuena, móvil de gran parte de su conducta o de

toda ella en la segunda mitad de su existencia. La vocación literaria y el deseo de renombre mueven su pluma en su juventud, el sueño y sed de fama lo mueven a todo él, de la cabeza a los pies, a partir de sus treinta años, y le hacen urdir tramas de recomendaciones, presentaciones, dedicatorias, informaciones, solicitudes, viajes, obtención de grados, penosas travesías marítimas una y otra vez, hasta que lenta y difícilmente va obteniendo ediciones de su obra, comentarios y elogios, cargos y dignidades, todo lo que él pedía y quería en función de aquella meta ideal y constante que él, como todos los de su tiempo, veía coronada por las trompetas de oro y las múltiples manos con que la fama daba a conocer y dejaba perpetuados en las páginas de la historia los nombres que así ella misma consagraba.

Los escritos de Bernardo de Balbuena pueden clasificarse en obras principales, obras menores y obras perdidas o desconocidas, de las cuales, como queda dicho en capítulo anterior, sabemos con seguridad que existieron pero que, excepto algunos contemporáneos y amigos del autor, nadie las ha podido conocer.

Las obras principales son: *Siglo de oro en las selvas de Erifile*, novela pastoril en prosa y verso, siguiendo muy de cerca el modelo de la *Arcadia* de Sannazaro, escrita hacia 1585 pero que salió a luz en 1608, cuando ciertamente ya decaía el gusto por ese género, aunque Cervantes todavía soñaba con proseguir su *Galatea*, que había publicado precisamente el mismo año en que Balbuena empezaría sus églogas;

Grandeza Mexicana, escrita en 1602 o entre ese y el siguiente año, y publicada en 1604 bajo la forma de una epístola, es en realidad un poema, en tercetos endecasílabos, descriptivo de la ciudad de México;

El *Bernardo* o *Victoria de Roncesvalles*, cuya fecha de redacción es muy imprecisa, pero que, en términos generales, puede considerarse que en su mayor parte fue compuesto entre 1590 y 1600, pero retocado luego en algunos pasajes, hacia 1615 y acaso aún después, fue publicado en 1624; es un poema épico-heroico cuya base literaria son los poemas de igual género de Boiardo y de Ariosto, pero que se enriquece con otras muchas afluencias, a lo largo de las cinco mil octavas reales que lo forman; como en el caso de su novela pastoril, también su epopeya es de aparición tardía y ello no dejaría de perjudicar la gloria del autor, pues aunque Balbuena alcanzó

entre sus contemporáneos estimación y renombre considerables, mayores habrían sido de haber producido sus poemas en época mejor, que no esa en que la transición a nuevos gustos y a otra sensibilidad estaba ya en el aire literario de España.

Las obras menores son: algunos poemas como aquellos tres, de juventud, que le fueron premiados en certámenes, la *Canción al Arzobispo de México* y otra al *Conde de Lemos*, la llamada *Carta al Arcediano*, finalmente el *Compendio apologético en alabanza de la poesía*, mucho más importante que todas las obras menores antes mencionadas en este párrafo por las referencias que nos da para averiguar la base técnico-crítica que el poeta mismo tenía y, también, por algunos juicios críticos o histórico-críticos de los que sólo es lamentable que estén apenas apuntados, algunos, y otros aun menos que eso.

Las obras perdidas o desconocidas, llevarían, aproximadamente, estos títulos: *Universal Cosmografía*, *El Divino Cristiadós*, *La Alteza de Laura* y *Arte Nuevo de Poesía*, este último, de seguro, trataría de muchos de aquellos puntos que el *Compendio*, arriba citado, apenas sugiere.

Por sus obras y por su vida misma, dije antes, Bernardo de Balbuena es un egregio representante de su tiempo y de su patria: español y novohispano, fue asimismo un claro ejemplo de la ambivalencia cultural de su momento: renacentista y barroco, mas no propiamente como transición o puente de una a otra de esas formas de la cultura moderna, sino como partícipe de ambas, en la medida que eso era posible habida cuenta de las limitaciones que tuvo siempre lo renacentista español y que el barroco, durante los años de Balbuena, apenas fue germinación y promesa de lo que medio siglo después alcanzó florecimiento y plenitud.

En cuanto a su renacentismo, además de todo lo que ya queda visto, podrían considerarse estas líneas siguientes —de un tratadista buen conocedor del tema—, escritas para caracterizar el Renacimiento más definido y que, sin quitar ni poner tilde, pueden aplicarse a Balbuena como si a él expresamente hubiesen sido destinadas: "...Ya por la elección de asuntos revelan la mayor parte de los grandes épicos de la primera época del Renacimiento cuán poco querían entregarse a la propia inspiración y a la emoción, pues en ninguna parte vuela su imaginación con mayor complacencia que en aquel reino

fantástico [el de las leyendas carolingias]... considérese... con qué desdén había de mirar hacia la Edad Media el hombre del Renacimiento formado en el humanismo... Ni Pulci, ni Boyardo, ni Ariosto se sentían guardadores de las más dignas tradiciones nacionales a la manera de Homero, Virgilio y los poetas de los Nibelungos, sino que se consideraban facultados para manejar a su arbitrio sus héroes carlovingios y paganos... Lejos de ellos está también la idea de dar a sus temas profundidad filosófica o religioso-mística; lo que quieren es presentar una multitud lo mayor posible de sucesos, amor, dolor y goce, secuestro y liberación, viajes por tierra, por mar y aun a las estrellas; desafíos, torneos y batallas, extraordinarios y arriesgados encuentros con gigantes, enanos, magos y monstruos; tanto mejor cuanto más abigarrado es el contenido, más ligera la narración y más melodiosas las estrofas...”

En cuanto al barroquismo de Balbuena, en el capítulo en que se estudia *El Bernardo* quedaron explicados los motivos por los que el poeta figura entre los de aquella escuela o modalidad literaria y mencionadas quedaron, también, algunas líneas de críticos que así lo reconocen. No se trata de probar solamente con autoridades —sistema ya caduco y justamente desacreditado— sino que es un principio de sensatez y de cordura apoyarse en quien más sabe; por otra parte, libre está el campo para el investigador, crítico o teórico de las letras para que, en buena lid y con mejores pruebas, supere, si lo desea y lo puede, conclusiones como aquella, de Henríquez Ureña, que reconoce en Balbuena “un artista francamente barroco”, y de Alfonso Reyes, quien dice que tal poesía es “un monumento de ese alejandrino moderno que ya todos llaman barroco”.

Mas todo eso bien habría podido quedar en segundo término, porque en arte lo que vale es el resultado de calidad y, en cuanto a eso, no podría ponerse en duda que Bernardo de Balbuena fue gran poeta; él supo su propio valer, ansió la gloria que por eso le correspondía y, con las altas y bajas de toda humana fortuna, su nombre y sus escritos han llegado hasta nuestros días. Confío en que el presente estudio haya servido, al menos, para renovar la memoria de aquellos poemas, lejanos de nosotros pero no ajenos, distantes por sensibilidad y finalidad pero sobrados de méritos que deben ser recordados: *El Siglo de Oro en las Selvas de Erifile, Grandeza*

Mexicana, El Bernardo o Victoria de Roncesvalles son glorias de nuestras letras y, por ellas —para decirlo en frase al estilo y gusto de Bernardo de Balbuena— la fama, con su trompeta de oro y sus múltiples alas, fue volando y diciendo el nombre de su autor.